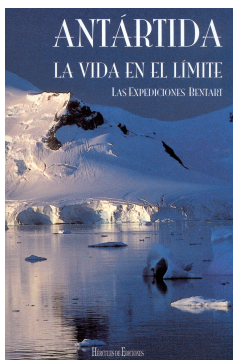


Óscar García Álvarez, Julio Parapar Vegas y Ana Ramos Martos (Coordinadores). 2011. Antártida. La vida en el límite. Las expediciones Bentart. Hércules de Ediciones S.L. y Consejo Superior de Investigaciones Científicas. A Coruña y Madrid. 326 pp. + 1 DVD.

ISBN 978-84-92715-29-9. ISBN (CSIC): 078-84-00-09320-4
 PVP: 49,40 €. Adquisición: www.herculesediciones.es,
www.publicaciones.csic.es y librerías especializadas.



Tengo entre mis manos el libro “Antártida. La vida en el límite. Las expediciones BENTART”, todavía caliente, después de haberlo ojeado con fruición. Inconscientemente, me retrotraigo en el tiempo. Mis pensamientos me llevan a aquel día 21 de noviembre de 1986 en el puerto de Ushuaia, al borde mismo del mítico canal del Beagle. Revivo los momentos de una foto en la

que aparece un puñado de jóvenes, casi demasiado jóvenes, investigadores marinos españoles del Instituto Español de Oceanografía posando sobre el muelle. Les acompaña un investigador del INTA, un médico del ISM y un periodista. En total veinticuatro. Están ocultando una buena parte de la imponente proa del “Pescapuerta Cuarto” mientras desdibujado, en un segundo plano, se adivina la silueta del “Nuevo Alcocero”.

“Pescapuerta Cuarto” y “Nuevo Alcocero”, dos buques pesqueros congeladores de gran altura con calificación polar, de aquellos que hacían larguísimas campañas de pesca, alternando los entonces lejanos caladeros de Malvinas y de Namibia y que, en un alarde de imaginación y eficacia, habían sido transformados en pretenciosos buques oceanográficos. En ellos íbamos a emprender lo que para todos nosotros constituyó la más fantástica aventura de nuestras vidas.

Nos enfrentábamos a 80 días de navegación por aguas tormentosas y calmas, alumbrados por cielos grises y de un azul espléndido, disfrutando de paisajes cautivadores y tenebrosos, y sometidos siempre a temperaturas que, al menos a mí, se me antojaban insoportablemente gélidas (quizás fuera por lo precario del vestuario). Nuestro objetivo era conocido pero el contexto en que teníamos que desenvolvernos nos resultaba absolutamente desconocido. Debíamos catalogar la ictiofauna del Arco de Scotia y valorar la abundancia y distribución de las especies de potencial interés comercial, caracterizando, en paralelo, el hábitat geológico y físico-químico en el que habitaban.

Once mil millas recorridas, cuatro mil millas de perfiles sísmicos, doscientas veintisiete estaciones oceanográficas, trescientas noventa muestras de fondo y trescientas cuarenta y cinco estaciones de pesca y bentos dan para mucho. Dan para tanto que no sabíamos qué hacer con el espectacular caleidoscopio de organismos multicolores, de una diversidad incomparable que, día a día, se ofrecía ante nuestros ojos.

Ana Ramos Martos, siempre imaginativa, insistente y tozuda (qué le vamos a hacer, es su carácter) tuvo la idea. Teníamos que registrar información de la abundancia de cada especie de invertebrado capturada. También teníamos que conservar la mayor cantidad posible de material biológico para, posteriormente, distribuirlo entre los especialistas españoles de cada grupo taxonómico para su identificación. Y a ello nos pusimos durante jornadas interminables, anotando nombres imposibles, pesando esponjas enormes en básculas de reloj (de las de entonces) que no daban el peso, agotando todas las existencias de bolsas de plástico, botes de cualquier tamaño y condición y cajas de cartón que almacenaban los entrepuentes de los dos barcos. Los túneles de congelación trabajaban a destajo, a medida que las bodegas se iban saturando de un material que jamás antes habían acogido en su seno.

Cada cual cuenta la historia como la percibe o como le interesa, pero certifico que ese y no otro fue el origen del que después fuera bautizado como proyecto BENTART. Un proyecto ejemplar, alrededor del cual se aglutinaron conocimiento, intereses y voluntades dispares y que ayudó a catapultar a la investigación marina antártica española a los niveles que ocupa en estos momentos (y que dure muchos años).

Me consta que el proceso no fue fácil. A la vuelta de la campaña “Antártida 8611” tocaba hacer la gira de los despachos, convencer a los especialistas de que dedicaran una parte de su precioso tiempo a estudiar las muestras conservadas y a los gestores de que reservaran un modesto presupuesto para financiar los trabajos. La respuesta fue desigual. Se apeló a la conservación del material biológico, a la “heterodoxia” de la metodología empleada, incluso a la oportunidad del proyecto. Pero, poco a poco, la causa fue ganando adeptos y logró formar un núcleo de investigadores generosos y entusiastas que, con paciencia, esfuerzo y dotes de convencimiento, a veces rayando la “brusquedad” (por aquello de que el fin justifica los medios), fueron dando forma a la criatura.

Los productos empezaron a aparecer de inmediato. Las comunicaciones a congresos y las publicaciones en revistas de impacto se multiplicaron. Las colaboraciones internacionales se sucedieron y, por fin, los gestores del Programa Nacional de Investigación en la Antártida se

avinieron a financiar nuevas campañas. Esta vez con medios más adecuados (y con ropa más apropiada para soportar aquellas temperaturas miserables).

La culminación de la historia es este libro que sigo teniendo entre las manos y que demuestra que el empeño y la heterodoxia a veces puede (y debe) imponerse a la ortodoxia estructurada. Un libro que, a mi entender, revisita y supera de largo aquel otro publicado por el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación en 1990 que llevaba por título: “Un viaje a la Antártida. Primera expedición científico-pesquera española” y que recogía las vivencias y experiencias de la campaña “Antártida 8611”.

El nuevo libro está estructurado en siete capítulos, a través de los cuales se hace un recorrido literario por las generalidades del mar antártico y por las primeras exploraciones, que ponen en contexto al lector, transportándole a aquellos tiempos heroicos en los que se sucedían los esfuerzos por alcanzar la “terra incognita Australis” y desvelar sus secretos. Le siguen capítulos que relatan la historia del proyecto BENTART (mucho mejor contada que en estas líneas) y describen las metodologías empleadas en el mismo, incluyendo la importante tarea de divulgación. Finalmente, se llega al “núcleo duro” del texto, donde se integra todo el saber acumulado por los autores sobre el bentos antártico, dividiéndolo en suprabentos, epibentos, endobentos e ictiofauna.

Los treinta y siete autores que he podido contar, pertenecientes a distintas universidades y centros de investigación españoles y extranjeros, se empeñan y, a mi juicio, consiguen, hacer una exposición detallada, rigurosa y didáctica de sus conocimientos científicos, haciéndolos asequibles para cualquier lector interesado en la naturaleza antártica. Todo ello acompañado de una extensa docu-

mentación fotográfica de exquisita belleza, que permite hacer un viaje imaginario a recónditos lugares del gran continente austral y conocer a los más extraños y crípticos de sus pobladores, desde el confortable acomodo del hogar.

Una edición muy cuidada y un documental de video de más de 40 minutos de duración, en soporte DVD, completan las bondades del libro, a las que se añade su módico precio de 49.40 euros. Un lujo al alcance de cualquiera que desee alimentar la vista y el alma con las maravillas que encierran los mares del sexto continente.

Vuelvo al presente con el recuerdo de aquellos compañeros de aventura antártica que se han ido para siempre y con la imagen actual de los que tratan de sobreponerse al inexorable paso del tiempo, imponiendo su ilusión y entusiasmo por desvelar los secretos de una naturaleza lejana en el espacio, pero muy cercana en el corazón. Me atrevo a decir que el libro es un homenaje implícito a todos ellos y a los que, sin ninguna duda, les sucederán.

Eduardo Balguerías
Director
Instituto Español de Oceanografía
28002 Madrid